

ro que no convenia dar al principio semejante grito, porque asustaria á muchos jefes militares que estaban comprometidos, y era de temer que les faltase el apoyo del ejército. Por lo demás, no se oponia á que así quedase consignado; pero, tanto respecto á esto, como á la manera de llevar á cabo la futura constitucion del país, opinaba que lo que debia hacerse era levantarse en armas, vencer, y después seguir la marcha que la voluntad general y los acontecimientos indicasen.

Aunque disgustó bastante á los demócratas esta vaguedad en que el general PRIM parecia encerrarse, no queriendo contraer de antemano compromisos que pudieran ser ó no aceptables para la nacion, sin embargo, le reconocieron como jefe y director militar del movimiento, y se volvieron á París satisfechos y dispuestos á dar todo su apoyo moral á la revolucion, y aun se asegura que prometieron ayudar con hombres y dinero, cuando llegase el momento de obrar. Sin embargo, al acercarse este momento, los demócratas habian mudado de parecer; y habiéndoles pedido alguna cantidad para contribuir á los gastos de la expedicion, el Centro de París contestó: "que, aunque ya estaban agotados sus recursos, harian el último esfuerzo por proporcionar la cantidad que se les pedia; pero que esta cantidad la emplearian directamente ellos mismos, que eran tan centro revolucionario como el de Bruselas, en el objeto que se les indicase, como, por ejemplo, en la compra de una plaza fuerte, no pudiendo entregársela á los progresistas, porque esto seria establecer cierta dependencia de un centro á otro.,"

Esta contestacion hizo naturalmente que se rompieran las relaciones entre ambos centros, y decidió al general PRIM y á los progresistas á lanzarse solos al campo con los elementos que ya tenian y los demás que pudiesen allegar en España.

Es indudable que tambien el Conde de Reus pagó esta vez tributo á las ilusiones, dejándose arrastrar por el ardor impaciente de los que con él sufrían las penalidades de la expatriacion, y por la exageracion de las promesas que se le hicieron desde la Península, donde si bien eran muchos los comprometidos y dispuestos á levantarse en armas, eran muchísimos más los combatientes que solo existían en la imaginacion calenturienta de cabezas ligeras. Creíase que, al dar el grito de *¡libertad!* en Cataluña, por ejemplo, se alzarían inmediatamente de ochenta á cien mil hombres solo en el antiguo Principado; que Zaragoza y otras ciudades del interior se pronunciarían, y el movimiento seguiría por toda España como el fuego por un reguero de pólvora; y esto era en gran parte pura ilusion. No de otro modo se concibe que el general PRIM acometiese una empresa formidablé, sin soldados, pue-

de decirse, sin armas y sin recursos; pero tambien es cierto que, á no mediar algunas circunstancias desgraciadas, que impidieron su presencia en el campo de la insurreccion, el alzamiento de Agosto de 1867 habria sido dificilmente dominado.

Era indispensable reunir algun dinero, porque sin él nada se hace, y se dirigió con este fin á los patriotas residentes en la Península una carta, que dió escasos resultados: acudióse tambien á los principales emigrados, y se consiguió que veinte ó treinta de ellos facilitaran de su bolsillo á razon de 2,500 á 5,000 francos cada uno; con cuyos exíguos recursos se dotó á los jefes y guerrilleros de las cantidades precisas para hacer su viaje hasta la frontera, y para mantener á sus gentes por algunos dias.

El general PRIM, de acuerdo ó con conocimiento del Centro, preparó su plan de campaña. Ya mucho antes habia nombrado al mariscal de campo D. Juan Contre-ras general en jefe de todas las fuerzas que pudieran ponerse en accion en las provincias catalanas: este general debia entrar por el valle de Aran, y descender por toda la provincia de Lérida hasta encontrarse en el centro del Principado. Para estas provincias se nombraron cuatro comandantes generales, todos militares de alta graduacion: de Gerona, el coronel D. Fernando Pierrad; de Lérida, el coronel D. Eugenio Gaminde; de Barcelona, el coronel D. Gabriel Baldrich; de Tarragona, el teniente coronel D. José Lagunero. Estos jefes, en union de los guerrilleros que se designaron, debian formar en Cataluña diez y ocho batallones, cuatro de ellos en la frontera, desde el Porthús hasta el valle de Andorra y la Seo de Urgel, dos en la provincia de Lérida, cuatro en la de Barcelona y ocho en la de Tarragona. Otros dos batallones se proyectaron, uno en Castellon de la Plana y otro en Benicarló, contándose además con la probabilidad de ganar una parte del ejército que guarnecia á Valencia, cuya capitanía general fué conferida al general D. Cárlos La Torre. Nombróse asimismo capitan general de Aragon al mariscal de campo D. Blas Pierrad, que, en union del coronel D. Domingo Moriones, debia entrar por la frontera de Huesca, enfrente de Jaca, y ayudándole la fortuna, bajar hasta Zaragoza: el teniente coronel retirado, señor Sasot, entraria tambien por aquella parte con algunos paisanos emigrados, llevando el encargo de formar, si las circunstancias le favorecian, dos ó tres batallones de cuerpos francos en el alto Aragon. El brigadier Milans del Bosch marchó á Portugal, á fin de reunir la poca emigracion que allí habia, y lanzarla sobre Extremadura y Andalucía, de cuya capitanía general se encargaria, dado caso que triunfase la revolucion. Los señores Palacios y

Mere lo irian á Cádiz, donde se contaba con alguna tropa y con grandes masas de paisanaje armado. Además habia otros jefes dispuestos á entrar por la frontera de Guipúzcoa y Navarra, y otros comprometidos á secundar el alzamiento en la provincia de Santander, donde, además de contar con los carabineros y la mayor parte de la guarnicion de Santoña, se organizaban dos batallones de francos. En las cuatro provincias de Galicia, á cuyo frente debia ponerse el general Pieltain, se hallaban tambien adheridas á la revolucion las fuerzas de carabineros, gran parte de la guarnicion y casi toda la marinería: en Barcelona se esperaba que un batallón de infantería se apoderase de Monjuich; y por último, Madrid debia levantarse cuando las tropas salieran á sofocar el movimiento en los diferentes puntos de la Península donde estallara.

De advertir es que el mayor número de las fuerzas con que se contaba dependia del cumplimiento de las promesas empeñadas: los batallones francos, ó de paisanos, con que el general PRIM maniobraba desde Bruselas, figuraban solo en el papel, y habian de ser formados sobre el terreno por los jefes y oficiales emigrados, que iban á pasar la frontera con seis ú ocho hombres cada uno. La fé cegaba á todos, y estos valientes militares, y los guerrilleros que les acompañaban, después de recibir sus instrucciones, se lanzaron intrépidos hácia el territorio español, en los últimos dias de Julio y primeros de Agosto; y burlando la vigilancia de las autoridades, lograron llegar disfrazados á sus destinos, donde escondidos y en lugar seguro aguardaron el momento de levantar la bandera revolucionaria.

Preparadas así las cosas, y habiéndose resuelto que el general PRIM entraria en Cataluña para tomar como general en jefe el mando de todas las fuerzas, señaló aquel, de acuerdo con el Centro, la noche del 15 de Agosto y el amanecer del 16 para verificar el alzamiento en el Principado catalan y en Aragon, guardándose sobre esto tanta reserva, que solamente lo sabian los jefes encargados de levantar las bandas: al mismo tiempo, dictó dos enérgicas proclamas, dirigidas al pueblo y al ejército, que fueron repartidas con profusion, é insertas en casi todos los periódicos franceses, belgas, ingleses, italianos y alemanes, enviándose además un ejemplar á España para que se reimprimieran y circularan cuanto fuese posible, como así se hizo ¹. La dirigida á los Españoles decia entre otras cosas:

“Ha llegado la hora de pelear y de concluir, de una vez, con los que os vienen oprimiendo. La dignidad de la patria lo exige, el triunfo de la libertad lo reclama...

¹ V. documentos n.º 4.

“La revolucion es el único remedio á todos nuestros males. Ella convocará Córtes constituyentes por medio del sufragio universal. La libertad, hija del derecho; el derecho, encarnacion de la justicia; la justicia, consecuencia de la ley rectamente aplicada: hé aquí el principio en que se ha de fundar el nuevo órden de cosas después de destruido lo existente.

“La abolicion de la odiosa contribucion de consumos; la desaparicion de las quintas, sin perjudicar los intereses y los derechos de la parte digna del ejército; la reduccion de las contribuciones á las que el pueblo pueda pagar, sin atacar la produccion y sin entorpecer el desarrollo de la riqueza; la unidad en la administracion de justicia; la abolicion de los privilegios; la administracion al servicio de los pueblos, y con la responsabilidad que haga imposibles su holgazanería, su ignorancia y su arbitrariedad, y los tribunales de justicia por encima de toda clase de luchas y de dependencia, es lo que, con buenas leyes inmediatamente planteadas, ha de transformar la faz de nuestro país.”

Aparte de esto, prometia la tolerancia con toda clase de opiniones, en cuya frase iba envuelta la idea de la libertad de cultos; las recompensas de todos géneros al talento y á la virtud, en vez de otorgarlas á la adulacion y á la intriga, como estímulo poderoso á los adelantos de la civilizacion; la libre emision del pensamiento, y el derecho de reunion y de asociacion.

En la proclama al Ejército decia: que, si no hicieran necesaria la revolucion los clamores de la opinion indignada, la harian indispensable las injusticias y arbitrariedades de que aquel venia siendo víctima.—“Es preciso que esto termine, añadia: es indispensable que empiece una nueva era de reparacion y de justicia para el Ejército; que al espíritu de pandillaje sustituya la estimacion del mérito, á la intriga los servicios, á los apellidos la escala.” Prometia á los jefes y oficiales las recompensas á que se hicieran acreedores, y á los soldados el descanso en el seno de sus familias, y concluia con estas frases:

“Soldados, si la disciplina obliga á defender los buenos gobiernos, no puede exigir que se apoye la tiranía. Si manda que se combatan los motines, no quiere que se desoiga la voz de las legítimas revoluciones.—*¡Viva la libertad! ¡Viva la soberanía nacional!*.”

VII.

Todo estaba dispuesto para emprender la grande hazaña que, en concepto de sus promovedores, y más aun en el de sus secuaces, debia regenerar á la nacion española, haciéndola libre, feliz y respetada; ya estaban expedidas las órdenes, señalados los puestos y los mandos, trazado el plan de operaciones; y los jefes militares y los guerrilleros unos estaban ya en España, otros en la frontera ó en camino de ella, otros todavía en Bélgica y á la inmediacion del General PRIM, alma y brazo del movimiento, quien hacia sus preparativos de marcha para dirigirse á Cataluña, segun lo definitivamente acordado, cuando el 6 de Agosto se recibió en Bruselas una carta de un íntimo amigo del General y su principal comisionado en Valencia, en la que, y secundado por otra persona que debia ser tenida por muy competente en el asunto, se le aseguraba que casi toda la guarnicion de aquella ciudad, esto es, siete batallones de infantería y un regimiento de lanceros, con sus coroneles, comandantes y oficiales á la cabeza, se hallaban comprometidos y resueltos á sublevarse tan luego como él se presentase; y bajo tales seguridades, se le encarecia la conveniencia de que acudiese allí, en vez de ir á Cataluña.

El autor de esta carta lo era el sacerdote D. Luis Alcalá Zamora; y el que le apoyaba, el general D. Carlos La Torre, que, habiendo atravesado la frontera el dia 27 de Julio por el valle de Aran, y llegado á Valencia el 31, habia tenido ocasion de cerciorarse de la disposicion en que estaban las mencionadas tropas, y acababa de conferenciar con sus jefes y oficiales, que encontró animados, al parecer, de una firme resolucion favorable al alzamiento.

Estas noticias, comunicadas por conductos tan fidedignos, tenian verdadera importancia; porque si bien se contaba de antemano con que se levantarían algunas fuerzas del Ejército y paisanos en las provincias de Valencia, Castellon y Alicante, nunca se habia creído poder disponer de un auxilio tan considerable como el que se anunciaba, y que por sí solo era más que suficiente para asegurar el triunfo. Por eso el general La Torre se habia adelantado, arrojando grandes peligros, á marchar á Valencia, para organizar los pocos ó muchos elementos que allí pudieran reunirse, y el general PRIM acababa de expedirle una orden, previniéndole que el

dia 15 diera el grito, y partiese con los sublevados en direccion del Ebro, á fin de combinar sus operaciones con las de las fuerzas que se levantarían el mismo dia en Aragon y Cataluña. Es claro, segun esto, que no se tenia gran confianza en el contingente que aquellas provincias hubieran de dar á la revolucion; y asi fué que la carta de Zamora produjo en Bruselas la más agradable sorpresa, é influyó de tal modo en el ánimo del Conde de Reus, que le obligó á reunir inmediatamente á sus dos compañeros del Centro, al general Contreras y á D. Manuel Ruiz Zorrilla, para deliberar y resolver lo que hubiera de hacerse en aquel caso imprevisto: el acuerdo unánime de los congregados fué que el general PRIM debía dirigirse á Valencia, en vez de hacerlo á Cataluña; de lo cual, excepto las cinco personas que así lo acordaron, solo tuvo noticia entonces el señor Olózaga, que se hallaba en París. Sin duda se procedió con ligereza, variando á última hora el plan adoptado en un punto tan interesante, como era el sitio que debía ocupar el general en jefe; pero preciso es decir, que al tomar esta resolucion extrema se creyó de buena fé obrar con el mejor acierto.

El general PRIM no se entregó sin embargo á una ciega confianza: engañado ya dos veces en Valencia, quiso prevenirse al menos para la eventualidad de un tercer fracaso, aunque esta vez parecia improbable; y habiendo ya dispuesto que uno de los batallones que debian formarse al Norte de Cataluña, el de *Puigcerdá*, confiado al teniente de Bailén D. Juan Barrios, permaneciese en las cercanías de la poblacion de aquel nombre, para proteger su entrada en Cataluña, dispuso que el citado Barrios, dándose la mano con los otros comandantes de batallon, se sostuviese todo el tiempo posible sobre la línea de la frontera, y ordenó además que, del 22 al 24 de Agosto, se encontrasen reunidos hácia las montañas de Berga, para recibirle y marchar en seguida sobre Barcelona ó sobre el campo de Tarragona, segun lo aconsejaran las circunstancias, tres partidas, que deberian ser las siguientes: una de Lérida, que mandaria en persona el comandante general señor Gaminde; otra de la provincia de Barcelona, que estaria á cargo de D. Eduardo Casanova, y otra de la de Tarragona, bajo la direccion de D. Benito Ferrér, conocido por el *Benet de Cambrils*. De este modo, aunque fallara lo de Valencia (cosa que entonces parecia increíble), poco se habria perdido; porque, necesitándose algunos dias para la formacion y concentracion de las partidas, á no sucederle una desgracia, siempre llegaria el General á punto de ponerse al frente del movimiento en Cataluña.

Era llegado el momento de obrar, y habia que hacerlo con mucha actividad y si-

gilo, burlando la vigilancia de la policía extranjera y de los agentes del Gobierno español, que no perdian de vista al general PRIM. El Marqués de San Carlos, representante de España en Bélgica, tenia orden de vigilarle constantemente, dando parte diario de si le veia ó no en Bruselas; y en Francia, muchos cocheros de plaza, que pertenecian á la policía secreta, llevaban retratos fotográficos del mismo general, para poder reconocerle y seguirle los pasos por donde quiera que fuese. A pesar de todo, el Conde de Reus salió de Bruselas, el 7 de Agosto al amanecer, con direccion á Italia, y el Gobierno español no supo su ausencia de dicha capital hasta el 14, dia en que aquel se embarcaba en Génova, con rumbo á Valencia, á bordo de una fragata de guerra, que el Gobierno italiano, directa ó indirectamente, puso á su disposicion ¹.

Para efectuar su salida de Bruselas y mantenerla oculta por espacio de tantos dias, el general PRIM tuvo que valerse de un disfraz y de un ardid, que produjeron excelentes resultados. Al retirarse por la noche de su casa los tertulianos que solian frecuentarla, salió con ellos, y se fué á dormir á la de don Manuel Becerra, en donde partió á la mañana siguiente, acompañado de un amigo poco conocido en los círculos políticos, y disfrazado con pantalon de pana, blusa azul y gorro catalan. Faltaba solo impedir que se descubriese su ausencia; y para ello, el capitan Hidalgo, aquel que tanta parte tuvo en los acontecimientos del 22 de Junio de 1866, salia todas las tardes á paseo con la Marquesa de los Castillejos en la carratela del General y vestido como él; y á la vuelta les aguardaba en la puerta de la casa el Vizconde del Bruch, niño aun, quien después de besar á su madre, abrazaba solícito á Hidalgo, llamándole *querido papá*, de igual modo que solia hacerlo diariamente con su verdadero padre. Surtió tan buen efecto esta pequeña farsa, que ya estaba el general PRIM en el puerto de Génova, y todavía telegrafiaba el Embajador español en Bélgica, asegurando á su Gobierno que aquel permanecia en Bruselas.

La fortuna parecia guiar los pasos del intrépido caudillo de la revolucion; pero la fortuna es ciega y voluble. Disfrazado de capitan de marina entró el Conde de Reus en la magnífica fragata Italiana, que el 14 de Agosto partió de Génova con rumbo á Valencia, en cuyas aguas quedó anclada el 16 por la tarde. Aquel dia era el de—

¹ El general PRIM, en el manifiesto que dió después desde Ginebra, con fecha 25 de Setiembre, dijo que se habia embarcado para España en un puerto de Francia. Hoy se comprende perfectamente, que el decir esto no era una equivocacion ni un descuido; pues importaba distraer la atencion pública del verdadero punto, para no comprometer al Gobierno italiano; con tanto más motivo, cuanto que habian mediado mensajes reservados de parte del Comité progresista á la Corte de Italia, relativos á la sucesion de la corona de España.

signado para el alzamiento en Aragon y Cataluña; y PRIM, devorado por la impaciencia, quiso saltar en tierra inmediatamente después de su llegada; pero se vió detenido por un accidente imprevisto: el cólera hacia estragos en Italia por aquel tiempo, y como la fragata procedia de uno de sus puertos, al punto fué rodeada por las barcas del cuerpo de Sanidad, que no permitieron á nadie desembarcar. Débil obstáculo habria sido este, si la formidable sedicion preparada en Valencia estallara; pero Valencia permanecia tranquila, y en sus playas y en su puerto no se observaba otro movimiento que el apacible y afanoso de un pueblo mercantil y marineró, entregado por completo á sus habituales faenas. Aquella calma desesperaba á PRIM más aun que la forzada inaccion á que se hallaba reducido: en pié sobre cubierta, paseándose inquieto de una parte á otra, fija la ardiente mirada en la ciudad, y atento el oido á todos los rumores que le traian las brisas, envueltos en el susurro del flébil oleaje, aguardaba por momentos un grito, una señal, un síntoma de agitacion; pero aguardaba en vano, y pasaron las horas y así llegó la noche, sin que nada viniese á turbar aquel sosiego abrumador.

Ya cerca de medianoche se vió entrar por la proa de la fragata italiana un hombre desnudo: aquel hombre, que, agarrándose al botavante, habia trepado por el bauprés, sacó de su boca un canuto de caña, y preguntó por el general PRIM: conducido á la presencia de este, le entregó el canuto, que contenia una carta del sacerdote don Luis Alcalá Zamora. Para poder llegar hasta el buque, el emisario, junto con el mismo Alcalá Zamora, habia tomado un bote, que condujo á una distancia conveniente para no infundir sospechas, y arrojándose al agua, acababa de atravesar á nado y por debajo de la superficie el estrecho en que se hallaban las barcas de la Sanidad.

Abierta la carta, supo el general PRIM que en Valencia todo estaba perdido: los jefes de los regimientos, que el dia 6 se hallaban dispuestos á sublevarse, habian declarado el 11 que de ninguna manera iniciarian el movimiento revolucionario, y que, solamente lo secundarian cuando estuviere iniciado en otra parte de un modo formal y sério: un solo regimiento, el de lanceros, permanecia fiel á la promesa empeñada; pero, siendo de caballería, era inútil para lanzarse con él á la revolucion dentro de poblado. El desengaño era terrible: quizá cruzó entonces por la mente de PRIM la idea de bajar á tierra á todo trance, para verse personalmente con los jefes y oficiales de aquella guarnicion, é intentar reanimarlos con su presencia; pues no quiso partir sin tener antes una entrevista con el señor Alcalá Zamora, y escuchar

de su boca la relacion de lo ocurrido. Contestóle al efecto, por conducto del mismo marinero portador de su carta, diciéndole que necesitaba verle; que al dia siguiente zarparia la fragata, pero sin alejarse mucho de las aguas del Grao, y permaneceria esperándole, si era preciso, cuarenta y ocho horas más enfrente de aquellas costas. Enterado Alcalá Zamora de los deseos de su amigo el General, se apresuró á complacerle, fletando una barca pescadora, con la cual se lanzó á la mar y fué al encuentro de la fragata. Los dos amigos se vieron y conferenciaron juntos un breve rato; y el Conde de Reus acabó de convencerse de que no conseguiria nada en Valencia. El general La Torre, que habia recibido el dia 13, con atraso, la orden de marchar con los insurrectos sobre el Ebro, habia redoblado sus esfuerzos para recobrar, si no todas, una parte de las tropas comprometidas: el mismo Alcalá Zamora, sabedor de que PRIM debia llegar de un momento á otro en un buque italiano, y más aun cuando no le cupo duda de que ya estaba allí, habia desplegado la mayor actividad y celo con igual objeto, pero inútilmente; pues los jefes de los regimientos les contestaron, que cuando el general PRIM estuviese en campaña con cuatro ó seis mil hombres, entonces se levantarían ellos en armas.

Se ha preguntado, por qué los mismos que habian escrito á PRIM para que fuese á Valencia, sabiendo ya el dia 11 que la guarnicion de esta ciudad no iniciaria de ningun modo el alzamiento, no comunicaron esta gravísima novedad á quien ó á quienes debian comunicarla, para que el General, en vez de encaminarse desde Italia por mar á la ciudad del Cid, lo hiciera por tierra á Cataluña; y la contestacion es obvia: desde que el General salió de Bruselas, quedó cortada toda comunicacion con él, y fué imposible saber á punto fijo su paradero; y á la fecha del 11, todos los principales personajes de la emigracion habian abandonado sus respectivas residencias. ¿A dónde ni á quién podia dirigirse el aviso de una novedad que tan fatalmente destruia el plan adoptado?

Perdida toda esperanza de poder contar con la guarnicion de Valencia, el general PRIM se despidió de su amigo, y la fragata en que iba tomó el rumbo en direccion á Marsella.

VIII.

Casi todos los guerrilleros que con anticipacion habian entrado en España, varios de ellos condenados á muerte por los sucesos de Enero y Junio de 1866, cumplieron fielmente la consigna recibida, iniciando la sublevacion al amanecer del 16 de Agosto, unos en el llano de Barcelona, otros en varios puntos de la provincia de Tarragona, mientras algunos otros emigrados pasaban al mismo tiempo la frontera, ya por la parte de Gerona y Lérida, ya tambien por la de la provincia de Huesca.

El coronel D. Gabriel Baldrich, que, desde Durango, donde se hallaba desterrado, al acercarse los acontecimientos, se fué á Francia por Irun, y acababa de entrar en Cataluña por la frontera de Perpiñan, dió el grito de libertad á las puertas de Barcelona con solos *siete* hombres, cinco de ellos armados y dos desarmados; pero á los pocos dias tuvo á sus inmediatas órdenes de cuatrocientos á quinientos, que sucesivamente se aumentaron hasta cerca de dos mil, contando en este número las cuatro partidas formadas en la provincia de que habia sido nombrado comandante general. Don Francisco Targarona, uno de los jefes de estas partidas, salió de la misma ciudad con pocos hombres, y en breve reunió 500 ¹. Don Eduardo Casanova juntó en Martorell y sus inmediaciones unos 150; y don Manuel Magallon, uno de los oficiales del regimiento de Almansa, que, aun cuando estaba condenado á muer-

¹ A raíz de estos acontecimientos, escribia el republicano D. Eugenio García Ruiz:

«Los nombres de Baldrich y Targarona son hoy con razon los más respetados y queridos en Cataluña: es que el pueblo generalmente hace justicia á sus buenos defensores.—Baldrich no necesita llevar un nombre ilustre de abolengo.... Trabajando por la regeneracion de su patria desde el año de 1830, en que tomó parte con Mina en el movimiento contra el tirano Fernando VII; haciendo toda la guerra civil; defendiendo la libertad cuando la Junta Central de 1843; sosteniéndose once meses con poca gente en Cataluña los años de 1848 y 1849 en favor de las ideas republicanas, y militando siempre en las filas reformistas, hoy desterrado, mañana perseguido, al otro dia indultado y siempre desatendido, logró por fin, al pasar ya de los 50 años, ascender hasta coronel del ejército...

»Demócrata consecuente, honrado á toda prueba, enemigo de farsas y de farsantes, tipo de prudencia y de valor, laborioso, franco y leal hasta el mayor extremo, es Targarona y no puede menos de ser amado de cuantos le tratan un poco; porque, sobre sus bellísimas cualidades morales, tiene un rostro noble y una figura simpática, que retrata perfectamente la bondad de su alma.»

Hoy, en 1873, habiendo triunfado la democrácia y la República, estos dos hombres, como otros muchos que han pasado su vida conspirando ó trabajando por la libertad, segun ellos la entendian, se hallan emigrados, después de perseguidos, silbados y escarnecidos por los nuevos republicanos. *Sic transit gloria populi.*

te, se lanzó intrépido á las cercanías de Barcelona medio mes antes de empezar el movimiento, para reclutar gente, sacó de Sabadell y pueblos inmediatos setenta y tantos hombres, acrecentando luego su partida hasta más de cuatrocientos.

Al aparecer Baldrich en campaña, el 16, dió una proclama, en que decia: "En estos momentos resuena ya en toda España el grito de *¡Abajo lo existente!* Este es el lema. La revolucion es santa, simultánea y segura. Su objeto es derrocar á un Gobierno inmoral y opresor, que únicamente arruina y espolia á la nacion, chupando los sudores y la sangre de sus hijos... No la teman los hombres de bien, porque respetará los intereses creados y todas las carreras, así civiles como militares. Se conservarán los grados, y aun se ascenderá segun sus servicios á los jefes y oficiales que secunden la santa causa por que combatimos, y la clase de tropa obtendrá sus licencias absolutas luego de haber triunfado...—Estas son las instrucciones que me ha dado nuestro general en jefe, D. JUAN PRIM, que á estas horas está pisando el suelo pátrio..."

Baldrich se portó admirablemente durante aquella breve y desgraciada campaña. Pudo haber reunido, con su prestigio cuatro ó cinco mil hombres; pero no quiso agregárselos, porque no tenia dinero para mantenerlos, y la orden dada á todos los guerrilleros catalanes era, que no se exigiese cosa alguna á los pueblos sin pagarla en el acto. Pero con sus 1,600 ó 1,800 hombres logró tener en jaque á seis ó siete fuertes columnas del ejército, algunas con artillería, destacadas en su persecucion, permaneciendo siempre á corta distancia de Barcelona, con su cuartel general establecido en Piera, á dos horas de aquella capital por el ferro-carril de Tarragona, y sosteniéndose sin ser alcanzado, y menos batido, hasta el 12 de Setiembre, quince dias después de disueltas las demás partidas de insurrectos.

De Villanueva y Geltrú, Villafranca del Panadés y otros pueblos salieron tambien partidas respetables, algunas de ellas mandadas por ricos propietarios, las cuales se corrieron hácia la provincia de Tarragona, donde la insurreccion presentó en los primeros momentos la mayor gravedad, á causa del gran número de sublevados, que, segun las personas bien informadas, no bajaban de seis mil hombres, y hubieran sido más, á tener armas; pero faltó allí unidad de accion, hubo gran desconcierto y hasta mala fé en algunos, y aquello fué como incendio de paja. En aquella provincia figuraban al frente de la sublevacion, además del comandante general Lagunero, los militares don Enrique Martí, ayudante que habia sido del batallon de Barbastro; el señor Falcó, procedente de la Escuela de Estado Mayor; don Antonio

del Pino, don Francisco Vergés y otros; y entre los guerrilleros se encontraban don Jaime Ambort, don Antonio Escoda, un hermano de Baldrich, Armentel de Villafrañca, Saqueta y el Benet de Cambrils. Algunos de estos caudillos dispusieron en los primeros días de fuerzas tan considerables, que las del Gobierno no se atrevieron á atacarles. Sin embargo, varios de ellos, ó no recibieron las órdenes del comandante general, ó no tuvieron por conveniente obedecerlas, dejando de acudir á su llamamiento; otros, como el ayudante Martí, se vieron privados del dinero que se les habia prometido para mantener á su gente; otros tenian la suya mal armada y peor socorrida, y casi todos marchaban á la ventura sin direccion ni concierto. Como la generalidad ignoraba el paradero de PRIM, y este no aparecia por ninguna parte, pronto comenzaron á circular entre los sublevados las acusaciones más odiosas, y tras ellas vino el decaimiento de los ánimos, y entró la desorganizacion. El Conde de Cheste, que á la sazón era Capitan general de Cataluña, tuvo en aquellos momentos la feliz idea de prometer, en nombre de la Reina, un generoso indulto á cuantos se acogieran á él en el término de tercero día; y del 25 al 26 de Agosto, las tres cuartas partes de los sublevados en la provincia de Tarragona, por consejo de sus mismos jefes, habian depuesto las armas.

Mayor desgracia cupo á los que se lanzaron á la revolucion por la frontera catalana. Hemos dicho antes que en la de Gerona hasta el valle de Andorra debian formarse cuatro batallones; dos en el Ampurdan, otro á la derecha de Figueras viniendo de Francia, y el cuarto en la Cerdaña, tomando por base la villa de Puigcerdá, punto señalado al teniente Barrios por el general PRIM para su entrada en España, dado el caso de que fracasara lo de Valencia. El primer batallon habia de estar á las órdenes inmediatas del comandante general de la provincia, D. Fernando Pierrad; pero sus jefes eran el capitan de ejército D. Alvaro Carazo, y el guerrillero D. Ramon Roger, conocido por el *Roger de Massanet*, que estaba encargado, segun parece, de sublevar una parte del Ampurdan, y habia recibido recursos para comprar armas y pagar la gente los primeros días: el segundo batallon debia ser formado por el jóven teniente capitan del regimiento de Almansa, D. José Berriz, bajo los auspicios de Juan Pujol, que tenia una mision semejante á la de Roger: el tercero estaria á cargo del teniente de Bailén, D. Alfredo Vega, que á su vez tenia por auxiliar á un señor Quet, relacionado en Gerona y su comarca; y el último, como queda dicho, habia de mandarlo el teniente Barrios, quien contaba con el apoyo de un tal Monreal, y sobre todo con el de D. Gil Cutchet, natural de la